

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NUM 65

16 MAYO
1926

SI YO FUERA TAN ALTO
COMO LA LUNA
¡AY, AY!
COMO LA LUNA....

VERÍAS A CURRINCHE
QUE ESTÁ EN SU CUNA
¡AY, AY!
QUE ESTÁ EN SU CUNA



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.— ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.— SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



LOS MONITOS DEBEN SER SIEMPRE MUY OBEDIENTES



Y AL MENOR MANDATO DE SU PAPA...



TODO EL MUNDO BOCA ABAJO.

© 1926, by Iutl Feature Service, Inc. —Gust Britain rights reserved

El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



CUANDO ESTES PREPARADO, AVISA

YA PUEDES DARLE

¡QUÉ SUERTE TENÉIS, CAPITÁN!

TODO ES SABER JUGAR



¡BUEN TIRO! HA DADO EN EL BLANCO.

Y EN EL NEGRO

¡AH!

¡OH!



¿DONDE VAIS CON TANTA PRISA!

COGEDLES Y LES DAREMOS EL REAL PASEO



PARACE QUE NO LES DIERTE A LOS CHICOS

HASTA QUE SE ACOSTUMBREN.

¡AY! ¡AY!



¡JA, JA!

¡JA, JA!

ES PARA DESTORNILLARSE DERISA

YO YA ESTOY DESTORNILLADO.



NOS IREMOS A JUGAR A AQUELLA TORRE ALLI NO LLEGAN ESAS HIENAS

SOIS HOMBRERES DE IDEAS MUY ELEVADAS. MAJESTAD



¡AH! VA ESA MOSCA!

SI VEIS UN BÓLIDO CON BIGOTES, DURO CON EL.

¡AY! ¡AY!



¡RAYOS Y TRUENOS! ¡ESTAMOS CERCADOS!

NO IMPORTA; YA VENDRÁ NUESTRO EJERCITO A ENCERRARLOS.



LA PUNTERÍA ES PERFECTA. CUANDO QUIERAS HACER FUEGO.

¡AH! VA ESE REGALITO EN AGRADECIMIENTO AL REAL PASEO.



¡EH! ¿QUE NOS BOMBARDEAN! Y LA TORRE SE DERRUMBA!

BOOM!

SI ¿PERO Y ESE EJERCITO NO VIENE?



¡SOCORRO!

¡QUE ME TRAIGAN UN ÁRBOL PARA SUBIRME!



¡QUÉ BIEN SE COGE LA CAMA DESPUÉS DEL REAL PASEO ¿VERDAD HERMANITO?

ES DELICIOSO; SOBRE TODO PENSANDO EN QUE SU MAJESTAD Y EL CAPITÁN DEBEN ESTAR COGIENDO A ESTAS HORAS A UNA VELOCIDAD VERTIGINOSA.



PINOCHO Y LOS DEPORTES



NUESTROS COLABORADORES

Crónicas deportivas.

El five de Baslett-Ball, Universidad de la Habana (campeón de Cuba) fué de excursión a los Estados Unidos. Ganó unos cinco partidos y perdió uno.

Los clubs (Bass-Ball) de la Habana, «Universidad» y «Fortuna», se están discutiendo una serie de juegos. El primero y segundo partido los ganó el «Fortuna», y el tercero, la «Universidad».

Un club (Basse-Ball) de muchachos de los Estados Unidos han venido a jugar a la Habana. En su primer juego contra el «Policia», de la Habana, lo perdieron por 11 a 2. Pero en el segundo, con el mismo club, lo ganaron.

La selección «Roja» de fútbol derrotó en la Habana al «Galicia», de New York, por 3-2.

El «Ferroviario», de la Habana, derrotó en ajedrez al «Vedado» (Habana) por 4 y medio por 1 y medio.

Hilario Martínez, campeón de España de peso ligero, derrotó en la Habana, por puntos, al italoamericano J. Dundee. ¡Buena «che»!

El club de «Baslett-Ball», Universidad de la Habana, derrotó al «Vera Athlétic», de los Estados Unidos. Dos veces le ganó; el segundo, por 22 a 21.

Pedro Campo, el notable boxeador filipino, derrotó por puntos al cubano Lalo Domínguez.

Torneo de «tennis» de Monte Carlo.—La campeona española de «tennis» derrotó a la Contoslaros por 6-3, 4-6, 6-3. Stanislo Loayza derrotó por puntos, en los Estados Unidos, a Pill Mc. Gran. William Tilden, tennista campeón mundial, derrotó en una exhibición al campeón de España Manuel Alonso, por 4-6, 6-4, 6-4. Luego, el mismo Tilden derrotó al francés J. Buignon por 7-5 y 6-1. Luego, Manuel Alonso derrotó a J. Buignon por 6-4 y 6-4. ¡Viva España! Charley Rosebery defendió un título de campeón Banton derrotando en diez «rounds» a George Butch. Harry Greb perdió la faja de campeón mundial de peso medio al ser derrotado por puntos por el negro Tiyer Flowers. El «team» de «Basse-Ball», W. Blomer Gul, de los Estados Unidos, jugaron en Janno su tercer partido (en Cuba) con el «Janno».

Torneo de Menton (tennis).—Helen Wills derrotó a la inglesa D. Hamerton por 6-0 y 6-0. La española Alvarez también ganó por 6-1 y 6-0. Mlle. Varto también ganó por 6-1 y 6-0, igual que Fran-Neppach, por 6-1 y 6-1. Esta es campeona de Alemania. Helen Wills ganó a la campeona de Alemania por 6-0 y 6-3, y a E. Daerman por 6-1 y 6-1.

P. NALTY.



Juliá, visto por P. Muñoz.

En Buenos Aires.

«Pinocho Juniors», 0; «Pinocho», 0.

Tal como se esperaba resultó este interesante partido, sumamente parejo y reñido.

Durante todo el partido no fué marcado ni un solo tanto, lo que demuestra el gran desempeño de las defensas.

A las diez de la mañana comenzó la lucha, siendo durante todo el primer tiempo levemente favorable a «Pinocho», que si bien no consiguieron ningún tanto, fué debido un poco a la mala suerte y otro poco a la gran resistencia opuesta por la defensa contraria.

«Pinocho», a los diez y siete minutos, estuvo a punto de señalar un «goal». Cirulo incurrió en «haz» a pocos metros del área penal, y Scaraville se encargó en cumplir la pena, haciéndolo un violentísimo tiro alto, que cuando la acción de Rivey no se descontaba, la pelota pegó en el travesaño, cuyo rebote lo tomó Zottola alejando el peligro.

Minutos más tarde, Villamarin realizó una bonita corrida para hacer luego un ajustado centro que Bono, lamentablemente tira afuera.

Luego Riveyro debió intervenir ante fuertes tiros de Uribarri, Herráiz y Bono, haciéndolo siempre en forma eficaz.

Cuando faltaban tres minutos para terminar este tiempo, Amadey fué llamado a intervenir ante un recio tiro de Villegas, luciendo ampliamente.

En el segundo tiempo, los componentes del «Pinocho Juniors» reaccionaron notablemente, logrando en algo equilibrar la lucha; sin embargo, su rival demostró poseer más entendimiento y cohesión.

En los primeros momentos, no más, Riveyro fué llamado a intervenir ante un fuerte tiro bajo de Uribarri, que salvó a costa de un córner que, tomado por Bono, no dió ningún resultado.

Más tarde, los delanteros junioristas llevaron algunos avances; pero entre Tejeiro, Labate y Amadey fueron todos anulados.

En los últimos minutos, el «Pinocho» puso en manifiesto su gran deseo de inclinar a su favor el partido; pero los defensas contrarios, que se encontraron en un gran día, impidieron la caída de la valla.

Sin embargo, a los veintiocho minutos, Herráiz, luego de esquivar a Tornay y a Cirulo, «shoteó» lamentablemente afuera. Y sin que el «score» fuera abierto, terminó el partido, formando los cuadros de esta forma:

«Pinocho»: Amadey; Tejeiro y Labate; Giachino, Scaraville y Bellini; Villamarin, Bono, Uribarri, Herráiz y Sandolfi.

«Pinocho Juniors»: Riveyro; A. Zottola y Cirulo; Tornay, Martín y Tavermina; Adams, Leynor, R. Zottola, E. Villegas y Di Benedetto. MISTER BULL.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué no tienen los dedos la misma longitud.

—Si te refieres a los de las manos, la verdad, no sabré contestarte con precisión. El hecho de que sean más largos unos dedos que otros, lejos de ser una ventaja, constituye un serio inconveniente. Podríamos asir, coger las cosas con más facilidad, más fuertemente también, si los dedos pulgar y meñique tuvieran otra longitud y fueran más recio de lo que son. Por otra parte, semejante desigualdad en los dedos viene a ser una dificultad insuperable para pianistas y dactilógrafos. Mucho ganarían unos y otros si los dedos tuvieran idéntica fuerza. Pero no es así, desgraciadamente.

—Quiere ello decir que no puedes contestar a mi pregunta.

—¿Por qué, Chonón?

—Como te veo divagar...

—No divago. La respuesta te la daré estudiando la historia de la mano. Fijémonos, primero, en que algunos animales inferiores tienen los dedos, salvo ligeras variantes, muy parecidos a los del hombre. Hay quienes creen que en un principio las manos servían para sostener nuestro cuerpo en algunas ocasiones. Es decir, que el hombre andaba como los monos.

—¡Qué tontería!

—No te parecerá tal tontería si colocas tu mano sobre la mesa. Verás, entonces, que la misma irregularidad de tu mano sirve perfec-

tamente para apoyarse. El hecho de que el pulgar y el meñique sean menores que los otros dedos, es una gran ventaja en este caso. Lo mismo le ocurre a los demás animales. Fijate en los gatos, en los perros...

—Pero eso es ofenderme, querido buho.

—No lo creas.

—Me comparas con las bestias.

—Para darte una completa explicación.

—Y dime, ya que hablamos de las manos, ¿por qué tenemos uñas?

Tú lo ves. Esta es una pregunta muy parecida a la anterior. Hoy día, en realidad, no sabemos por qué ni para qué tiene el hombre uñas. Pero remontándonos a otras épocas encontraremos que las uñas tenían una buena aplicación. Eran como las garras de ciertos bichos. En los días presentes, el hombre vive de su talento y no necesita, en modo alguno, emplear las uñas para nada. Pero antaño no era así. Tenía que luchar con otros animales, con los hombres mismos, cuerpo a cuerpo, y en tales momentos de lucha las uñas desempeñaban un papel ejemplar.

—Ya comprendo.

—Que conste que no he querido ofenderte, querido Chonón.

—Conste también, por mi parte, que yo no creo que en otro tiempo haya andado el hombre en cuatro patas.

—No es segura, comprobable, la afirmación mía; pero no es, tampoco, desdeñable en absoluto.



LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Se trataba verdaderamente de una balsa construida con cuerdas, aprovechando tablones de alguna canoa, atados y formando una plataforma. Cuatro barriles, atados en cada uno de los cuatro ángulos, le daban más estabilidad.

Sobre la plataforma había únicamente dos cajas que contenían algunas ropas, una lámpara rota y dos o tres botellas vacías.

No se veían por ningún lado víveres de ninguna especie. El fusil con que había disparado el esclavo contra sus antiguos camaradas, también había desaparecido.

Miguel cogió un remo que vió en la parte delantera y fué empujando con él la balsa hacia la orilla, hasta que la hizo encallar en la arena.

—¡Valiente botín! —dijo saltando a tierra—. No sé qué se llevaría a la boca ese demonio de Samón. No he encontrado ni un sorbo de agua dulce.

—¿Se habrán quedado sin víveres esos desgraciados? —dijo el doctor.

—¿O se les habrá volcado la balsa? —agregó Vicente.

—Entonces se han vuelto locos de hambre y sed. Tanto peor para nosotros, pues ese hombre puede sernos sumamente peligroso. ¿Queréis un consejo, doctor?

—¡Habla, Vicente!

—Ya que hemos encontrado esta balsa, embarquémonos y salgamos de esta caverna.

—¿Y Simón?

—¡Que el diablo cargue con él! Ya ha intentado asesinarlos y es capaz de jugarlos cualquier mala pasada.

—¡Vicente! —exclamó el doctor, con tono de reconvencción.

En aquel instante se oyó una explosión de risa que resonó entre las tinieblas, y después una voz lejana gritó con acento amenazador:

—¡El tesoro le va a costar la vida al patrón Vicente! ¡Ah, ah! Le será fatal, porque el oro será todo para mí.

CAPITULO XVI

LA PERSECUCIÓN

El doctor y sus compañeros se volvieron rápidamente, para tratar de descubrir el lugar donde se encontraba el esclavo; pero éste, después de haber pronunciado aquellas palabras de amenaza, había vuelto a desaparecer. Además, la luz de las antorchas y la de las lámparas no eran suficiente para alumbrar hasta el fondo de la caverna.

¿Qué intenciones abrigaría aquel loco? ¿Qué extraña venganza maquinaba su descompuesto cerebro? Quizá Vicente no anduvo descaminado al proponer que se le abandonase a su destino en la caverna; pero a todos les disgustaba dejarle solo en aquel antro tenebroso, situado en las entrañas de la tierra.

También el lobo de mar parecía algo conmovido.

—¡Pobre hombre! —exclamó—. El tesoro le ha destornillado la cabeza.

—Tenemos que tomar alguna determinación —dijo Miguel—. No podemos abandonarle aquí; ha sido compañero nuestro y, además, ¡qué caramba!, es un hombre.

—Pues hagamos por cogerle y reducirle a la impotencia para que no nos perjudique —sugirió Roberto—. Somos cuatro hombres fuertes y robustos.

—¿Y después? —dijo Vicente—. Va a ser algo difícil llevarle en esta balsa, que apenas puede con nosotros.

—Sin embargo, no debemos abandonarle —dijo el doctor.

—Yo soy de vuestro parecer, señor Bandi, pero...

—¿Pero qué, Vicente?

—Que la empresa me parece algo peligrosa. No hemos encontrado el fusil en la balsa.

—¿Teméis que lo tenga él aún?

—¡Claro, doctor!

—Algo grave sería la cosa.

—Tanto más cuanto que puede guiarse por la luz de nuestras lámparas, y acercárenos sin que le veamos ni nos dé lugar a defendernos.

—¿Y quieres que le abandonemos?

—No, doctor; no pido semejante cosa. Eso me parecería cometer un delito.

—¿Pues qué quieres que se haga entonces?

—Yo no lo sé.

—¿Esperar a que el hambre le rinda? —dijo el doctor—. Dudo mucho de que tenga aún víveres consigo.

—¿Y si mientras tanto intenta fusilarnos?

—Nos defenderemos como podamos, Vicente.

—¡Silencio! —exclamó Roberto.

—¿Vuelve otra vez?

—Creo que no, doctor; pero... ¿no oís nada?

En el extremo opuesto de la caverna se oían golpes sordos, que parecían producidos por el picar de una piocha o un instrumento semejante.

—¿Estará buscando el tesoro ese loco? —preguntó Vicente.

—Es probable —contestó el doctor.

—¿No podríamos aprovechar esta ocasión para sorprenderle?

—Habría que dejar aquí las linternas, porque de otra forma nos descubriría.

—Nosotros os acompañaremos —dijeron los tres pescadores.

—Pues vamos allá. Coged una cuerda y no os olvidéis de las armas. Con los locos no hay que andarse con bromas.

Colocaron una antorcha tras una roca, para hacer creer al loco que estaban acampados junto a ella; se llenaron los bolsillos de víveres, pues no sabían el tiempo que duraría la persecución, cogieron las dos linternas de seguridad, convenientemente apagadas, y se pusieron en marcha siguiendo la orilla izquierda del lago subterráneo.

Pronto advirtieron que la empresa no era tan fácil como habían creído. No teniendo ninguna luz que pudiera servirles de guía, era absolutamente imposible orientarse entre aquellas densas tinieblas, hasta el punto de que si alguno de ellos se separaba de los demás, le costaba no poco trabajo volver a encontrarlos.

Además, las márgenes del lago eran tan quebradas y desiguales que les hacían tropezar y caer repetidas veces, lo que les ponía en peligro de recibir alguna descarga del pobre loco. Se vieron, pues, obligados a encender una de las lámparas para alumbrar algo el camino que recorrían. Pero, como medida previsora, Vicente la cubrió con su gorro para iluminarse sólo en casos de necesidad.

Avanzando lentamente, con toda suerte de precauciones y después de haber atravesado numerosos barrancos que quizá sirvieron en otros tiempos de lecho a algún torrente, al cabo de media hora llegaron a la extremidad opuesta del lago.

Sin embargo, la caverna no terminaba allí; al contrario, parecía internarse aún más en las entrañas de la tierra.

Al otro lado de la playa se veían confusamente rocas aglomeradas, otras cavernas, nuevas bóvedas oscuras y huecos llenos de sombras que parecían nuevas galerías.

El doctor observó que aquellas rocas despedían reflejos ligeramente argentados.

—Otro depósito carbonífero —dijo—. Afortunadamente tenemos las lámparas de seguridad.

—¿Otra mina? —dijo Vicente.

—Sí, y quizá mucho más extensa que la otra. Oigo el agua que se despeña a lo lejos.

—Es verdad, doctor; parece como si un torrente se deslizase a algunas millas de nosotros.

—Temo que Simón nos va a hacer correr de lo lindo.

—¿Dónde se habrá escondido?

(Continuará en el número próximo.)



BÁSİM EL HERRERO Y HARÚN ARRASID

CUENTO DE
LAS MIL Y UNA NOCHES

Se cuenta que en tiempos antiguos, en los días del califato de Harún Arraxid, sucedió la historia que sigue:

Cierto día estaba el Califa triste y aburrido. Hizo llamar a su visir Cháfar y le dijo:

—Visir, me siento hoy fastidiado, y deseo que tú, Mesrur, el ejecutor de las justicias y yo, nos cambiemos de vestido para recorrer en esta guisa Bagdad y divertirnos viendo sus calles y sus zocos; observando el estado de mis súbditos. ¡Veamos! Tal vez Dios se dignará alegrar mi espíritu.

—No hay mal en esto, ¡oh Emir de los creyentes! —replicó Cháfar.

Se disfrazaron los tres, a saber: el Califa, Cháfar y Mesrur, con hábitos de derviches viajeros, y empezaron a callejear por Bagdad, de lugar en lugar, de zoco en zoco y de barrio en barrio, desde el amanecer hasta que el almuedano llamó a la oración del mediodía. Entonces entraron en una mezquita a cumplir sus deberes religiosos, y al salir, dijo Cháfar a Mesrur:

—Habla al Califa para que volvamos a Palacio, es lo mejor que podemos hacer, pues yo tengo un hambre atroz.

—¡Por Dios, señor! —replicó Mesrur—, yo tengo más hambre todavía que tú, pero entiendo que debes hablarle precisamente tú, porque tu confianza con él te permite ser más atrevido que yo.

—Ni yo ni tú —dijo discretamente Cháfar— tenemos necesidad de decirle una sola palabra: necesariamente él ha de sentir también el hambre y volverá a casa, bien que le pese.

Y ambos se pusieron al lado del Califa, que siguió andando de la oca a la meca hasta el atardecer. Volvieron a entrar a otra mezquita para hacer su oración, y volvió el Califa a seguir andando por callejones y plazoletas, mientras tanto sus acompañantes se sentían morir de hambre.

—Díselo —insinuó Cháfar a Mesrur con disimulo.

—Díselo tú —le contestó Mesrur.

El Califa, mirando de soslayo, se dió cuenta de lo que hablaban, pero dirigió la vista a otra parte, y empezó a bromear y a reír, no obstante tener más hambre aún que ellos, con la intención de aburrirlos y cansarlos, diciéndose para sus adentros: «Por Dios, que he de castigar a estos traidores por el hambre que estoy pasando, triste como sus rostros.» Y siguió caminando.

Sus dos compañeros volvieron, con más ardor todavía, a sus cuchicheos y a sus señas, hasta el punto de que el Califa, encarándose con ellos, hubo de decirles:

—¿Qué es eso de tanto cuchicheo, tanta seña y tanta palabrería? Decidme qué os pasa.

—¡Príncipe de los creyentes! —contestó Cháfar—, es que Mesrur me decía: «Tal vez el Rey tenga hambre; ruégale que vuelva a Palacio.»

—¿Yo te he dicho eso? —replicó vivamente Mesrur—. ¿No has sido tú quien me ha pedido que se lo dijera al Califa?

—No tengo hambre —replicó secamente el Soberano—. ¡Vamos! Sigamos nuestro paseo.

Y continuaron su marcha. El visir Cháfar era de un temperamento tal, que no aguantaba el hambre con paciencia ni siquiera una hora; siguió la caminata, sin poder casi arrastrar los pies, y exclamando a cada paso: «¡Dios nos asista! ¡Es nuestro destino! Y si al menos hiciéramos el ayuno ritual, tendríamos alguna recompensa.» El Califa oía de vez en cuando estas lamentaciones.

Una hora antes de ponerse el sol, Cháfar dijo con humildad:

—¡Príncipe de los creyentes! El día ya se ha pasado; permítenos volver a palacio.

—Todavía es temprano —contestó el Califa.

Y siguieron andando hasta que el almuedano llamó a la oración de la puesta del sol. Entraron los tres a orar a otra mezquita; cuando salieron era ya de noche y el cielo estaba cubierto de nubes.

—¡Oh, Rey del tiempo! —dijo Cháfar—. La noche amenaza lluvia y se pone muy fría.

—¿De dónde te sacas tú que la noche amenaza lluvia? —le preguntó el Califa.

—Por la gran cantidad de nubes y por el frío que cada vez es más intenso —respondió el ministro.

—¡Oh, visir! —exclamó el Rey—. ¿Has penetrado tú por acaso los misterios de la ciencia divina? ¡Pide perdón a Dios!

—Una y mil veces se lo pido —contestó Cháfar—; pero, oh, Rey poderoso, según comprueban repetidas experiencias, cuando el cielo se cubre de nubes y se pone tan oscuro como lo vemos, es señal inequívoca de que lloverá.

—Visir, es posible; pero no ocurrirá siempre. Dios puede hacer cosas extraordinarias. Vamos a dar vueltas por las calles de Bagdad durante toda la noche, hasta que amanezca; yo estoy triste y aburrido, y no volveré a casa hasta que haya recobrado la alegría.

—Puesto que así lo has decidido, señor, déjame al menos que envíe a Mesrur para que te traiga algo de cenar.

—No tengo hambre —dijo secamente el Califa.

Y Cháfar tuvo que callarse. Anduvieron hasta que llegó el momento de hacer la oración de la noche, que entraron en una mezquita; Pero el visir no podía hacer las inclinaciones y prosternaciones rituales en la oración, a causa del hambre que le atormentaba. Al salir y continuar su paseo, empezaba a caer una lluvia menuda.

—¿Ves tú, oh Príncipe de los creyentes? —exclamó Cháfar—. ¡Ya está lloviendo!

—¡Vamos, Cháfar! —le replicó—. ¿No sabes que la lluvia es una bendición divina, y que dice la tradición que «siempre que ha llovido sobre un pueblo, ha recibido la misericordia?»

—Llevas razón, señor, y damos fe a tus palabras —dijo Cháfar—; ahora que la lluvia sobre los campos es una bendición para los sembrados y los labradores, pero para nosotros, y en este momento, es más bien señal de castigo divino, porque nos cala los vestidos, nos ahoga y a la vez el frío nos traspasa y nos hace sufrir.

—¡Pide perdón a Dios! —le dijo Harún—. Nadie se escapa de su misericordia.

Y continuó su caminata, diciendo en su interior: «¡Más fuerte, señor; más fuerte todavía! ¡Deja caer tu bendición! Y arreció más y más hasta llover a cántaros. Entonces el Califa exclamó: «¡Ya no hay más remedio! Y se refugió al lado de una tienda.

—No huyas, oh Príncipe de los creyentes, de la bendición de Dios —le dijo Cháfar con socarronería—. Sigue, sigue andando muy erguido debajo de esta agua que nos envía la divina misericordia; tal vez así logres recobrar tu buen humor.

Al oír estas palabras el Califa se sonrió y terminó por soltar la carcajada.

—Por mi vida, oh Cháfar —exclamó—, que hasta este momento no he podido alejar el fastidio de mi alma.

—Esto era lo que Dios tenía decretado sobre nosotros —dijo Cháfar.

—¿Quién os obliga a continuar bajo el agua? —insinuó Mesrur—. Vamos a refugiarnos en alguna parte hasta que deje de llover.

—¡Oh abyecta criatura! ¡Oh precio de una aguja! —le dijo el Califa—. ¿Valdrás tú más que nosotros? ¡Anda y no hables tanto!

Después de lo cual continuaron el paseo. La lluvia aumentaba y los tres iban como una sopa, igual que si se hubieran metido en el mar. Al fin se levantó un vientecillo frío y cesó la lluvia.

—¿Has visto, Cháfar, la bondad de Dios? —dijo el Rey—. Sólo era una nube que ya ha pasado.

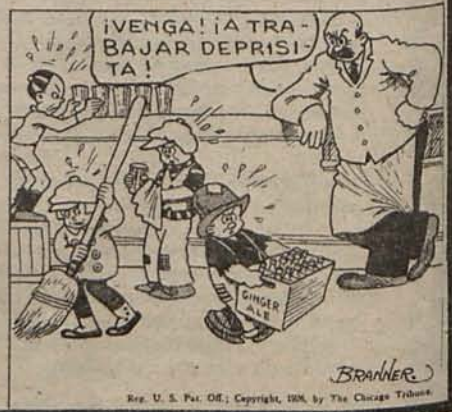
—Es verdad; pero este viento que silba y que corta se lleva la salud de nuestros cuerpos.

Y como iba todo mojado empezó a tiritar, dando diente con diente; Mesrur lloraba de frío, y el Califa tampoco pudo resistir ya más.

(Continuará en el número próximo.)



COLORÍN Y SU PANDILLA



BRANNER

Reg. U. S. Pat. Off.; Copyright, 1936, by The Chicago Tribune

LOS TRES HIJOS DEL REY

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Era un rey que poseía toda la extensión del mundo, que tenía a sus órdenes soldados, elefantes, héroes. Cuando se volvió viejo y su cuerpo se inclinó hacia la tierra, convocó a los grandes de su reino y les habló así:

—Mis hijos han crecido y han llegado a la edad de casarse; indicadme un padre que tenga tres hijas, a quien yo pueda pedirselas en matrimonio.

Un visir de los más ancianos se levantó y dijo:

—¡Príncipe! En la tierra de Persia hay un rey que tiene tres hijas, las criaturas más hermosas del mundo.

Entonces el monarca puso a uno de los hijos en su puesto y partió para pedir la mano de aquellas princesas; con él iban sus tropas y los grandes dignatarios del reino.

Caminó sin descanso hasta que llegó a dar vista a una colina bastante elevada, en el centro de la cual había una caverna. Dejó atrás

principes se marcharon a caballo. Caminaron a campo través; al llegar la noche, se dijeron:

—¿Quién de los tres hará la guardia?

Echaron suertes y le tocó al primogénito. Este, cuando los otros se durmieron, puso mano al puño de su espada y quedó velando por sus hermanos y dando vueltas alrededor de ellos. El león avanzó en silencio semejante a una espantable masa. Al ver al príncipe, se dirigió hacia él con intención de destrozarle; pero el joven lo esquivó hábilmente, y le dió tal golpe con su espada que le cortó la cabeza lo mismo que se corta una pluma; la cogió y la ocultó en un sitio para que no la vieran sus hermanos. El resto de la noche siguió velándolos, y a la mañana se abstuvo de contarles nada de lo ocurrido.

Montaron a caballo y partieron de nuevo, caminando hasta que se hizo de noche; y mientras el mayor y el pequeño dormían, el



a sus soldados y avanzó él solo; pero, sorprendido en el camino por la noche, se dirigió hacia la cueva, se tendió a la entrada y se quedó profundamente dormido. Cuando aún no había despertado, un león se arrojó sobre él, lo desgarró y lo devoró. Su séquito lo esperó algún tiempo; y, como no tuvieran noticias de él, se volvieron a contar a sus hijos lo que había sucedido.

Los príncipes lo aguardaron durante el plazo que su padre les había señalado para su regreso; pero jamás volvió. El mayor dijo entonces a sus hermanos:

—No tenemos noticia de nuestro padre; es de pensar que haya muerto; mi opinión es que debéis elegir alguien que gobierne el reino, mientras nosotros vamos a buscarlo en el país de Persia.

—Excelente nos parece esta idea —le contestaron.

Y pusieron a la cabeza del Estado uno que lo guardara, y los tres

segundo velaba y daba vueltas a su alrededor. El vigilante percibió en la lejanía el resplandor de una hoguera y se dirigió hacia aquel lugar: era una cueva grande, y en el centro había un cirio luciendo, delante del cual estaba sentada una joven, resplandeciente como la luna llena, que sostenía en su halda la cabeza de un negro, alto, alto como una palmera; la doncella lloraba amargamente.

El príncipe se deslizó como una sombra y entró en la gruta sin que nadie lo notara; dió al negro un golpe tal que lo partió en dos pedazos como si hubiera sido una pluma. Al ver esto la joven exclamó:

—¿Quién eres tú, a quien sin duda Dios ha enviado en mi ayuda para librarme de este miserable esclavo? ¿Eres un hombre o eres un genio?



—Soy un sér humano —le respondió el mancebo—. Y tú, quién eres?

—Mi nombre —replicó ella— es *Taibelcosur* (perfume de los palacios); soy hija del rey

que es dueño de la tierra de *Alanuar* (la tierra de las flores).

—¿Dónde vive ese rey —inquirió el príncipe.

—Al otro lado de la colina que tienes delante. Yo he salido con mis doncellas a distraerme, y este esclavo me ha raptado y me ha conducido a esta caverna.

El joven la tomó de la mano y la condujo al palacio de su padre; llamó a la puerta, y los porteros y lacayos le preguntaron desde dentro:

—¿Quién? ¿Quién llama a la puerta del rey a estas horas de la noche?

—Tengo que dar al rey un buen consejo —contestó él.

Y le permitieron entrar, lo anunciaron, y el rey les dió orden de llevarlo a su presencia. Una vez en ella, el soberano lo saludó y le preguntó qué deseaba. El príncipe le contó entonces la aventura sucedida a la princesa. Agradecido el rey, le dijo:

—Te la daré por esposa; dignate recibirla de mis manos.

—Acepto complacido —respondió el mancebo—; pero una vez que haya terminado mi cometido, entonces volveré, si Dios quiere.

El rey le entregó su anillo y el joven partió a reunirse con sus hermanos y veló su sueño el resto de la noche.

A la mañana, montaron a caballo otra vez y se pusieron en marcha, sin que llegara a traslucirse lo que había sucedido. Caminaron todo el día, y, por

—Yo he venido a buscaros, y el extranjero tiene derecho a que lo respeten; soy uno de los más grandes ladrones del mundo.

Los bandoleros se alegraron ante tal noticia; lo hicieron sentarse y comer con ellos. Acabada la comida, le dijeron:

—Queremos robar el palacio del rey tal.

Era precisamente aquél a quien los príncipes iban buscando para casarse con sus hijas.

—Yo conozco mejor que nadie las entradas de ese palacio —dijo con gran aplomo el mancebo.

Y cuando llegaron allí, hizo un agujero en la pared y les dijo:

—Entrad uno a uno.

El entró el primero, y a medida que cada cual de los otros pasaba le cortaba la cabeza, hasta que no quedó ni uno solo vivo.

Entonces salió por el mismo agujero y se volvió al sitio en que sus hermanos seguían durmiendo, y continuó haciendo la guardia a su alrededor.

A la mañana, montaron a caballo y se dirigieron a la capital del rey; las puertas de la ciudad estaban cerradas y las gentes formaban corrillos. Como preguntaran qué sucedía, les informaron de que ocurría algo grave en palacio. El rey mandó a un heraldo que pregonaña:

—¿Quién contará al rey lo que pasa en su interior.

Los tres jóvenes pidieron audiencia y les fué concedida.

Cuando se les condujo ante el rey, lo saludaron con elocuencia.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el monarca.

—Somos los hijos de tal rey —le contestaron.

El mayor se adelantó y dijo: «Me



la noche, el más pequeño, hizo la guardia a sus hermanos. Todo estaba a oscuras y en silencio, y allá, a lo lejos, divisó una luz.

Se dirigió hacia aquel lado: era una gruta, en la cual había fuego encendido y alrededor estaban treinta y nueve hombres, que eran ladrones. El príncipe se metió entre ellos. Empezaron a repartir la comida: había tantas raciones como individuos, y cada uno tomó la suya; pero el jefe de la banda se quedó sin su parte.

—Amigos —dijo él—, alguien de vosotros tiene de más.

Contaron las raciones y resultaron treinta y nueve.

—Tomadlas —ordenó.

Cada cual tomó la suya y el jefe se volvió a quedar sin comida.

—¿No os he dicho —gritó el capitán enfadado— que alguno tiene de más?

Echaron mano a sus espadas, buscando quién era el que tenía dos partes. El príncipe les dijo entonces:

ha sucedido tal y tal cosa.» Y después sacó la cabeza del león y la arrojó al suelo.

El segundo dijo: «¡Oh rey! Me ha pasado esto y esto; yo he traído vuestra hija a su casa y he recibido el anillo de manos del rey.

Y el tercero contó también lo que le había ocurrido, y dijo ser el autor de la matanza de los ladrones.

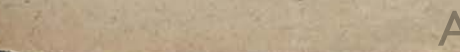
—Tienes razón —le dijo el rey—; esta es la verdad.

Después les hizo quedarse en su palacio, los trató como huéspedes suyos y les preguntó por su padre, del cual nada habían vuelto a saber.

Casó a su hija con el más joven, hizo una gran fiesta y les dió riquezas considerables. El segundo se casó con la otra hija del rey, aquella que libró de manos del negro. El pequeño se quedó al lado del rey, a quien con el tiempo sucedió en el trono.

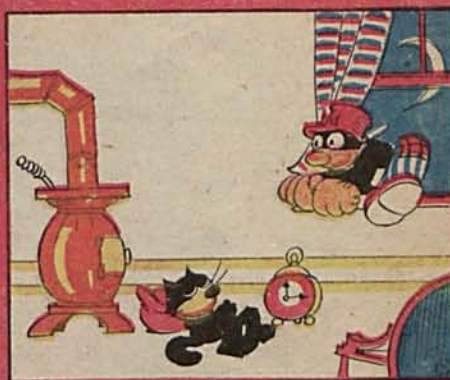
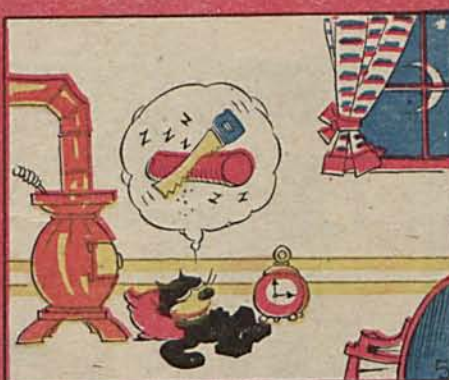
FIN

POTIPÁN Y CAÑAMÓN





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

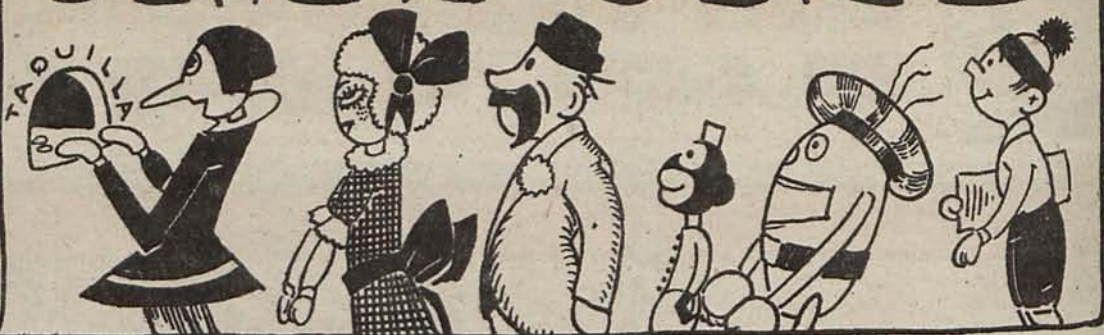


PROGRAMA
PARA HOY

EL MALETIN EQUIVOCADO

Sensacional!

GRAN CINE



¡Tilín..., tilín...! Llamaba con insistencia el teléfono de la oficina de Paddy. El detective cogió el auricular y lo aplicó al oído.

—¿Quién llama?

—¿Está ahí el detective Mr. O'Darrell? —preguntó una voz agitada.

—Está al aparato. ¿Quién lo llama?

—¿No me conoce usted? Soy Chepstown y desearía que viniese usted inmediatamente en mi ayuda o por lo menos me aconsejara lo que debo hacer, pues me ha sucedido un caso del que no sé cómo desenvolverme.

—¿Qué es lo que le pasa a usted? —se apresuró a preguntar Paddy.

—Pues que he vuelto hoy de pasar quince días de vacaciones en Black Pool y al abrir la maleta (que yo creía que era la mía) me encontré con gran asombro con que estaba llena de joyas, relojes de oro, anillos y otras alhajas engarzadas en piedras preciosas. En fin, que todo ello debe de valer un dineral.

—Eso es que usted ha cogido equivocadamente la maleta de otro viajero. ¿Por qué no la entrega usted a la policía?

—Eso había pensado; pero temo que sospechen de mí —explicó Chepstown que se veía claramente era persona nerviosa—. Y he pensado que si un detective de fama como usted pudiese enterarse de a quien pertenece la maleta, evitaría que cayesen sobre mí sospechas absurdas.

—Está bien, Mr. Chepstown. Entonces, guarde usted la maleta y no la entregue a nadie hasta que yo vaya. ¿Dónde vive usted?

En Bankside Mansions, número 14. Vivo yo solo en el piso.

—Bueno, pues, en seguida llegaré yo ahí —dijo el detective colgando el receptor.

Bob Smithers, su ayudante, hallábase ocupado en aquel momento en buscar unos datos para un caso reciente. Bob era un muchacho como de unos catorce años, de cara varonil y pecosa, con el pelo color de zanahoria. Era un muchacho muy despierto para encontrar las pistas y prometía llegar a ser, con el tiempo, un detective tan bueno como su jefe.

—¿Otro caso nuevo? —preguntó.

—Verás. Es un caso que pudiéramos llamar un *saco*. —Y Paddy contó a Bob la conversación que acababa de tener por teléfono.

—Ese señor me pedía un consejo. Pero, ¡claro!, a mí me interesa saber quién es ese individuo que deja que un desconocido se apodere de un maletín lleno de alhajas.

—Bien pudiera ser que las alhajas fuesen robadas y que el ladrón haya hecho de intento el que Mr. Chepstown las llevara —auguró Bob.

—¿Para qué?

—Porque tal vez el ladrón fuese seguido por la policía.

—Eso pudiera ser una posible explicación —dijo Paddy poniéndose el sombrero—. De todos modos voy ahora mismo a ver a Mr. Chepstown. Si viniera alguien que deseara verme urgentemente me llamas allí por teléfono.

—Está bien, jefe.

Paddy salió, después de acariciar las orejas del espléndido sabueso *Trailer* que estaba olfateando el felpudo de la puerta.

El detective se encontró con que Bankside Mansions constituían una manzana de casas de lujo situadas en el paseo que miraba al río. El número 14 estaba en el pico más alto del edificio y no había ascensor. Al llegar ante el cuarto que tenía el número 14 vió que la puerta estaba entreabierta. Paddy llamó en ella con el puño del bastón y esperó pacientemente, pero nadie contestó ni tampoco sintió ruido alguno dentro de la casa. Al cabo de un rato llegó hasta sus oídos un ruido como de alguien que se arrastrara por el suelo o se restregara contra él.

—No me gusta nada el aspecto de esto —pensó Paddy—; así, pues, vamos a ver qué es lo que pasa dentro —y empujó la puerta para entrar. El *hall* estaba amueblado con mucho gusto. Echó a andar por el pasillo, que tenía varias puertas a ambos lados. Una de ellas estaba abierta y Paddy se metió dentro de aquella habitación. Allí estaba, tendido en el suelo y atado bien fuerte con lo que parecía ser una sábana cogida de la cama, que estaba en desorden, la figura de un hombre. Tenía el rostro completamente tapado con la sábana; los tobillos atados toscamente, pero bien sujetos con una toalla.

El detective se apresuró a desatar la sábana, tarea en la que empleó algunos minutos, logrando al fin libertar al prisionero que era un hombre como de unos treinta años. Tenía la cara muy sofocada y se hallaba en un estado grande de excitación.

—¿Qué es eso, hombre? ¿Cómo se halla usted así atado? —preguntó el detective—. Beba usted un sorbo de esto —añadió, trayendo un vaso de agua de una jarra que encontró encima del tocador.

—El hombre aceptó el agua con agradecimiento y la bebió.

—Ya estoy mejor —murmuró. ¿Es usted acaso Mr. O'Darrell?

—Sí, y me figuro que usted será Mr. Chepstown.

—El mismo. Si la visita que acabo de recibir hubiera venido un poco más tarde se hubiera encontrado con usted y no me hubiera sucedido esto. Todo ha sido por seguir su consejo, Mr. O'Darrell.

—¿Mi consejo?

—¡Sí! me dijo usted que dejara aquí el maletín hasta que usted viniera y ahora me he quedado sin él!

—¡Vamos a ver! Dígame usted primero todo lo sucedido, porque parece que el asunto se complica y se pone feo.

—¡Tan feo como mi ojo! —replicó Chepstown, mirándose al espejo un ojo que tenía todo renegrido—. Verá usted cómo fué la cosa. Al poco rato de haberle telefoneado llamaron a la puerta; fui a abrir y me encontré con un individuo bien vestido, alto y grueso que llevaba en la mano una maleta... ¡La mía!

—¡Ya!, ¿y qué más?

—Ese individuo me dijo. Buenas tardes, caballero; me parece que

se ha equivocado usted al coger la maleta en el tren y ha traído una que no era suya. Yo contesté. Es cierto. El añadió. Es que la maleta de usted y la mía son tan parecidas que yo mismo traje la de usted creyendo que era la mía, hasta que al abrirla me enteré de la equivocación. Y como he visto escrito en ella su nombre y dirección por eso vengo a traérsela.

—¿Y qué contestó usted? —preguntó Paddy.

—No le dije más que era muy amable en venir él mismo a entregármela, puesto que había sido mía la equivocación. Me preguntó si yo tenía aquí la suya y le contesté que sí. Entonces me la pidió. Yo, recordando su consejo, Mr. O'Darrell, le dije que antes saliera ver a cierta persona con quien había consultado el caso y que hasta entonces no podía entregárselo.

—Y entonces me figuro que fué cuando él entró en acción, ¿verdad?

—¡Sí! —convino Chepstown—. Se puso rojo como una amapola, bamboleó el maletín en el aire y me dió con él en este ojo. Del golpe caí al suelo como un fardo, y mientras yo estaba atontado con el golpe, me arrastró hasta aquí y me ató...

—¡Trrrrrrrr!

Chepstown acudió al teléfono a responder a la llamada y dijo:

—Es para usted, Mr. O'Darrell.

Lo esperaba. Será mi ayudante, a quien le dije que me llamara si ocurría algo importante. Ya perdonará usted la libertad que me tomo.

—¡No faltaba más!

El que llamaba era efectivamente Bob.

Está aquí un caballero que se llama Alford —explicó— y que es viajante de una joyería de mucha importancia, y dice que hoy al salir de la estación de Euston lo atracaron en una bocacalle y le quitaron el maletín que contenía una gran cantidad de joyas y ahora desea saber si querrá usted encargarse de este asunto.

—Otro asunto de maletín, ¿eh? Pregúntale a qué hora llegó a la estación de Euston.

Bob contestó en seguida:

—En el tren que llega de Black Pool a las dos quince.

Los ojos de Paddy se iluminaron y replicó:

—Trae a Mr. Alford aquí en seguida: Bankside Mansions, número 14. Ven lo más aprisa que puedas y trae también a *Trailer* —ordenó Paddy.

—Está bien, jefe.

«Trailer» sobre la pista.

—Le he dicho a mi ayudante que me traiga aquí a una visita que tengo en casa, usted me dispensará la confianza, Mr. Chepstown.

—Desde luego, por mi parte no hay inconveniente alguno.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido yo me alegro haberle aconsejado a usted que no entregara el maletín a nadie —repuso Paddy.

—No sé por qué. Si se lo hubiera entregado me hubiera evitado yo todo este jaleo.

—Porque por lo menos se ha demostrado de lo que es capaz un hombre para apoderarse de un maletín... de un maletín que quizá no sea el suyo.

—¿Cómo? ¿Sospecha usted que tampoco era de él el maletín de las joyas?

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Era Bob, acompañado de Trailer y de un muchacho como de unos veinticinco años, que parecía la personificación del disgusto y del desaliento.

—Entren ustedes —dijo amablemente el dueño de la casa.

Pasaron, y Bob explicó que su acompañante era Mr. Alford, a quien habían robado el maletín. En el pasillo, e ignorado de todos, estaba el otro maletín que trajera el misterioso desconocido y con el cual había asestado el golpe en el ojo de Chepstown. Alford se apercebía en seguida de él e hizo ademán de levantarlo del suelo. El detective, que lo observaba atentamente, se interpuso entre él y el maletín, diciendo:

—No lo toque usted, Mr. Alford. Este no es su maletín, aunque se parece tanto que usted lo ha tomado por el suyo.

—¿Que lo he tomado por el mío!
—repitió Alford, sorprendido.

—Sí; usted cogió este maletín del departamento del tren por equivocación, y este caballero se llevó el de usted. El maletín que le robaron a usted no contenía joyas, sino simplemente cosas de uso diario.

—¡Gracias a Dios!
¡Pero, entonces, dónde está el mío? Y, además, ¿cómo lo sabe usted?

—¿Ustedes dos se conocen acaso?

—preguntó Paddy, mirando para Chepstown y para Alford.

Estos se miraron a su vez el uno al otro.

—¡Calla! ¡Usted venía en el mismo departamento que yo!

—exclamó Chepstown.

—¡Es verdad!...

¡Ahora le recuerdo a usted! —replicó Alford.

Pero lo que yo no puedo comprender, Mr. Alford, es que usted, sabiendo que llevaba cosas de tanto valor en el maletín, haya cogido uno que no era el suyo.

—Es que, verá usted, como en el vagón venía tanta gente...

—Es cierto —interrumpió Chepstown—. Aquella señora vieja que entró con diez paquetes lo menos, nos cambió de sitio las cosas, y esa es la razón de que hayamos cogido uno el saco del otro, puesto que son casi iguales.

—No; lo que sucedió fué lo siguiente —observó Paddy—. A usted, Mr. Alford, le seguía un ladrón en el tren para robarle el maletín; al salir de la estación le atacó a usted y le quitó el que llevaba, encontrándose luego con que el maletín estaba equivocado, puesto que no contenía las joyas. El ladrón vió escrito en él el nombre y la dirección de Mr. Chepstown y vino en seguida aquí para cambiárselo. Y ahora ha huido con él.

—¡Cielos! ¡Eso es la ruina para mí! —balbuceó Alford—. Porque la casa ya no volverá a confiarme más joyas después de haber perdido éstas.

—Nos queda un recurso —dijo Paddy—. Este maletín que está aquí ha sido cogido últimamente por el ladrón.

Y Paddy levantó del suelo el saco de mano y dió a oler el asa a Trailer. El sabueso lo olfateó; olfateó después el suelo y echó a correr llevando tras de sí a Paddy y a Bob. Este último con el maletín debajo del brazo.

Trailer bajó las escaleras y los llevó ante una fila de automóviles que había en la esquina de la calle; allí se detuvo.

—¡Hola! ¡Nuestro hombre ha tomado aquí un taxi! —dijo Paddy haciendo seña para que se acercara el más próximo.

—¿Qué desea usted, señor? —preguntó el *chauffeur*.

—¿Recuerda usted haber visto a un caballero alto y grueso, bien vestido y que llevaba un maletín en la mano parecido a éste, tomar aquí un taxi hace un rato? —preguntó el detective deslizándole una propina en las manos del *chauffeur*.

—Sí, señor. Un caballero de las señas que usted dice tomó hace

poco el taxi de Bill Bender, que era el primero de la fila. Precisamente acaba de volver ahora y está el último de la fila.

Paddy fué a hablar con Bill Bender. Este convino en llevarlos al sitio donde acababa de dejar al caballero del maletín, y los detectives subieron al taxi. Trailer demostró, con su continuo olfatear el coche, que su presa había estado allí.

Después de un cuarto de hora de camino, el taxi se detuvo en la esquina de una calle.

—El caballero se apeó aquí y siguió por este lado de la calle —explicó el *chauffeur*.

Paddy le pagó bien el servicio y después de hacer que Trailer olfatease de nuevo el asa, el sabueso echó a correr por una bocacalle; entró por una puerta estrecha que conducía a un patio, en el cual había un establo medio derrumbado; Trailer se precipitó dentro del establo y se detuvo ante unas escaleras de madera que conducían al pajar.

Allá arriba se oía un ligero movimiento. Paddy subió rápidamente las escaleras, y en el pajar vió a un hombre bien vestido que estaba de rodillas junto a un agujero hecho en la pared, del cual faltaban dos ladrillos. El individuo aquel estaba escondiendo en el agujero una gran cantidad de joyas que acababa de sacar de un baúl de mimbrres que tenía delante de sí.

—¡Aquí está el hombre que buscamos! —gritó Paddy.

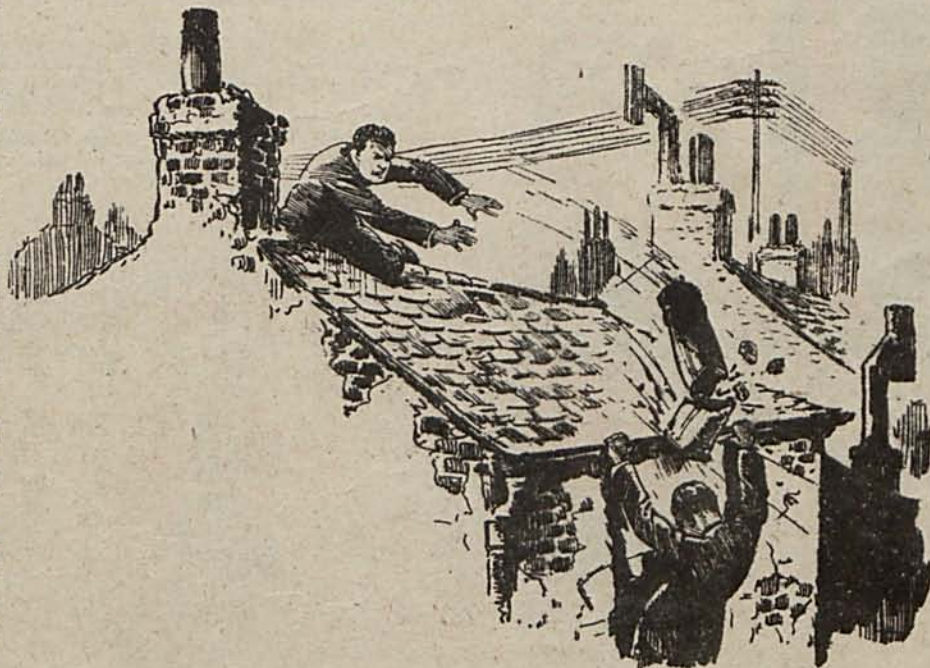
El ladrón, al verse sorprendido, se levantó dando un rugido y se tiró por una abertura cuadrada a modo de ventana que había en la pared. Paddy saltó también detrás de él y se agarró al canalón que quedaba pegado al tejado y encima de la ventana. Allí se detuvo vacilando, porque el ladrón se había encaramado en lo alto del tejado y, al verse perseguido, arrancó uno de los tubos de la chimenea, que ya amenazaba ser derribado por el viento. Levantólo con ambas manos y se lo arrojó con toda su fuerza a la cabeza del detective. Gracias a que éste se desvió, el tubo fué a chocar contra el borde del canalón, donde acababa de apoyar Paddy la cabeza, y allí se rompió, produciendo un terrorífico estruendo.

Paddy, colgando del canalón, se balanceaba tomando fuerzas para saltar al tejado. El ladrón empezó a correr por el tejado; pero las tejas, ya muy viejas, no resistieron el peso de él, y un pedazo del tejado se hundió, desapareciendo el ladrón, que volvió a caer dentro del pajar.

Cuando Paddy volvió de nuevo al pajar encontró a su hombre tirado en el suelo y custodiado por Bob y Trailer.

Resultó ser un ladrón muy conocido de la Policía, que se llamaba Scalings, y que usaba aquel establo como escondrijo para sus rapiñas. Así que Paddy no solamente recuperó las joyas de Alford sino otras muchas cosas procedentes también de otros robos.

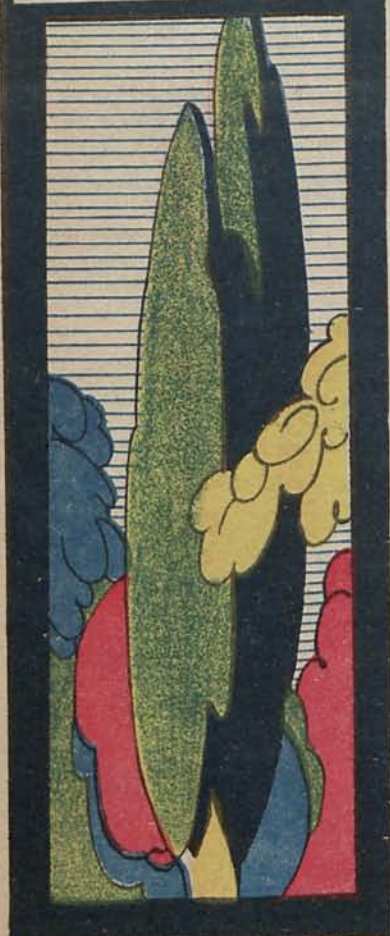
La Policía tuvo una gran satisfacción al ver en su poder a Scalings, y todos quedaron contentos, excepto él, que recibió la sentencia merecida por sus muchos delitos.



LA ROSA MARINA

ACTO 1º CUADRO 2º

TELON·A· 4



Principe
NURGIHAN en el
Acto 1º Cuadro 2º



Principe NURGIHAN en el
Acto 2º Cuadro 4º



Principe NURGIHAN en el
Acto 2º Cuadro 6º y
Acto 3º Cuadro 7º



Principe NURGIHAN en el
Acto 3º Cuadro 9º



ELGENNI de la Selva
Acto 2º Cuadro 4º



ELGENNI y NURGIHAN por el aire
Acto 2º Cuadro 5º



ELGENNI de pie
Acto 2º Cuadro 6º

EL TEATRO DE PINOCHO

LA ROSA MARINA DE LA PRINCESA DE LA CHINA

(CUENTO ORIENTAL EN CUADROS)

(Continuación.)

CUADRO SEXTO

LA ROSA MARINA

Un rincón del jardín maravilloso de la princesa Cara de Lirio. A un lado, a orillas del estanque, un pabellón donde se supone que reposa la bella princesa de la China. Sale el príncipe Nurgihán llevando en sus manos la rosa marina que acaba de robar del estanque.

NURGIHÁN. ¡Qué hermosa flor! ¡Qué maravilloso prodigio de la Naturaleza! Sólo el ruiseñor puede, con su canto, describir tan rara belleza. No puede dudarse que esta flor esté dotada de tan milagrosas virtudes. Ya es mía. Ahora sólo me resta ponerme a salvo y volver cuanto antes al lado de mi padre, que espera con este remedio la luz para sus ojos. El bondadoso Genni de la selva sin límites debe esperarme junto a la tapia... Voy a reunirme con él... Pero, ¿qué pabellón es este? Nunca he visto mayor perfección, ni más pura belleza. Acercándose a sus esbeltas columnas se percibe una dulce música y se aspira un raro perfume... No he de marchar de este lugar delicioso sin antes ver...

(Se acerca al pabellón y entra en él. Aparece el Genni de la selva sin límites.)

GENNI. ¿Dónde estará mi príncipe Nurgihán? Hace un rato que le espero. La rosa amarilla está arrancada de su planta y ya las aves escondidas en los cañaverales cuentan en su lenguaje a los arroyos el robo de la rosa milagrosa. ¿Dónde estará? Temo que mientras yo distraía a los guardianes voladores, otros guardianes del jardín hayan prendido al príncipe de haberle sorprendido en el instante de arrancar de su tallo la flor maravillosa. Si es así, si su presencia ha sido advertida, temo por su vida. El rey Firuz no castiga con más saña otro delito que el de acercarse a la rosa que cultiva su hija... Es tarde... ¿Dónde estará?... De aquí a la capital de su reino tenemos que volar sobre de veinte mil leguas, y debemos llegar antes de que anochezca, persiguiendo al Sol en su crepúsculo.

(Sale del pabellón el príncipe Nurgihán.)

GENNI. ¿De dónde sales, oh príncipe imprudente? He temblado de lo que hubieras podido sucederte. ¿Dónde estabas?

NURGIHÁN. Iba a reunirme contigo, cuando divisé este pabellón y entré en él.

GENNI. ¡Qué locura! Con tal atrevimiento has expuesto tu vida seriamente. De estar habitado, su prisión sería tan cierta e inmediata como el tormento mismo. Menos mal que estaría solitario y has podido verlo a tu gusto, sin consecuencias desagradables.

NURGIHÁN. Te equivocas. Reposa en él la princesa Cara de Lirio...

GENNI. ¡Esa sí que es buena! ¿La has visto? ¡No ha gritado ella al verte para que sus esclavas y sus guardianes viniesen a prenderte?

NURGIHÁN. La he visto. La aurora no es más hermosa que su faz. Ella no ha podido verme porque se hallaba sumida en un profundo sueño, desplegados sus negros cabellos de seda.

GENNI. ¡Qué gran ventura ha sido el verla!

GENNI. ¡Y que lo digas! ¡No ha sido poca suerte que veas tal hermosura, aprovechando un momento en que no se tapaba el rostro con el velo blanco del misterio! ¡No es poca suerte verla, y que a estas horas no te hayan cortado la cabeza! Supongo, ¡oh príncipe valeroso!, que no habrás estado mucho tiempo contemplando su belleza. Aún no comprendo cómo es que estás vivo y a mi lado. Habrás salido inmediatamente.

NURGIHÁN. Sí; pero antes he llegado hasta ella y he querido dejar un indicio de mi paso por este lugar inaccesible.

GENNI. ¿Qué has hecho?

NURGIHÁN. He puesto mi anillo en uno de sus dedos, quitándole a mi vez una sortija suya; ésta.

GENNI. ¡Qué serie de locos atrevimientos! Demos gracias de haber salido con fortuna.

NURGIHÁN. Ahora, condúceme sin tardanza al reino de Scharistán.

GENNI. Oír es obedecer. Pero no sin que antes me hayas dado otro pastel.

NURGIHÁN. En mi alforja está el último que me queda. Desde hoy, bondadoso Genni, yo te prometo que no han de faltarte ni un solo día.

GENNI. Monta sobre mi brazo izquierdo. En un abrir y cerrar de ojos divisarás, brillando al sol, las rojas cúpulas y los esbeltos minaretes del palacio de Zein El-Muluk, tu padre.

NURGIHÁN. Vamos pronto. Quiero huir antes de que el recuerdo de su belleza me haga quedar aquí para siempre...

GENNI. ¿De quién hablas? ¿Qué historia es esa?

NURGIHÁN. De la princesa Cara de Lirio.

GENNI. Vamos, sí. Porque si te quedas, te quedas para siempre, y con la cabeza en un sitio y el cuerpo en otro.

NURGIHÁN. «¡Abandono este jardín, llevando en mi corazón la herida del amor!»

TELÓN

FIN DEL SEGUNDO ACTO



ACTO TERCERO

CUADRO SÉPTIMO

LA CURACIÓN

Un patio del palacio del rey de Echarkistán. Llegan el príncipe Nurgihán y el Genni de la selva sin límites.

GENNI. Ya estás en la capital de tu reino. Ya estás en el palacio de tu padre.

NURGIHÁN. ¡Oh, capital de mi vida y de mi alegría! A ti, ¡oh poderoso Genni!, debo la gloria de traer en mis manos la maravillosa flor que ha de volver la luz a los ojos de mi padre. ¿Qué quieres de mí? ¿Qué puedo hacer para mostrarte mi agradecimiento?

GENNI. Ya conoces mi gusto.

NURGIHÁN. Ni un solo día han de faltarte una fuente de tortas de azúcar y harina en flor. Yo te lo prometo. A buscarte con ellas a la selva sin límites irán cada día mis esclavos.

GENNI. No quiero marcharme, príncipe Nurgihán, sin dejarte una prueba de mi afecto. Toma este mechón de pelos que acabo de arrancarme de la barba para ti. Cada vez que necesites de mí, no tendrás más que quemar uno de estos pelos, y estaré inmediatamente ante ti. Déjame ahora besar tu mano que me ha alimentado.

NURGIHÁN. Adiós, mi bondadoso amigo. Espera, te acompañaré hasta la misma puerta del palacio.

GENNI. ¡Oh! No hace falta. A mí me basta con salir de esta terraza y, desde ella, emprender el vuelo hasta mi selva. Adiós, príncipe Nurgihán. Que seas feliz. *(Se va.)*

NURGIHÁN. Adiós, adiós. ¡Que Alá te preserve y aleje de ti los maleficios y las calamidades!

(Llega el Visir acompañando al Rey.)

EL VISIR. ¡Oh, señor! ¿Es cierto lo que ven mis ojos?

EL REY. ¿Qué ven tus ojos, mi buen Visir? ¿Qué ven tus ojos, por los que los míos, ciegos, miran a la vida?

EL VISIR. Es... vuestro hijo...

EL REY. ¿Cuál de ellos vuelve? ¿Acaso el mayor de ellos, que llevaba el turbante de seda blanca? ¿O es mi segundo hijo, que partió hace tres lunas?

EL VISIR. No, poderoso Rey. Es vuestro hijo. Es el príncipe Nurgihán.

EL REY. ¿Eres tú, Nurgihán?

NURGIHÁN. Yo, padre mío.

EL REY. Ya no puedes traerme nuevas desgracias. Ven a mis brazos. El tiempo ha calmado mi rencor contra ti. Ahora no veo sino con los ojos de mi alma, y mi alma ya te ha perdonado. No volverás a separarte de mí. Juntos esperaremos la vuelta de tus hermanos, que salieron en busca de la flor que ha de devolverme la salud y la vista.

NURGIHÁN. No hay que esperar, padre. Nada debe esperarse ni un instante. Los colores, las luces, arden en deseo de mirarse en tus ojos, como tus ojos anhelan verlo todo y reflejarlo todo. Yo también salí el mismo día que mis hermanos, y te traigo la rosa marina.

EL REY. ¿Tú, mi amado hijo? ¿Tú, tan joven, has arriesgado tu vida en esa empresa tan difícil? ¿Tú me traes la luz?

EL VISIR. ¡Alá sea bendecido! ¡El príncipe Nurgihán te trae la vida, rey de Echarkistán!

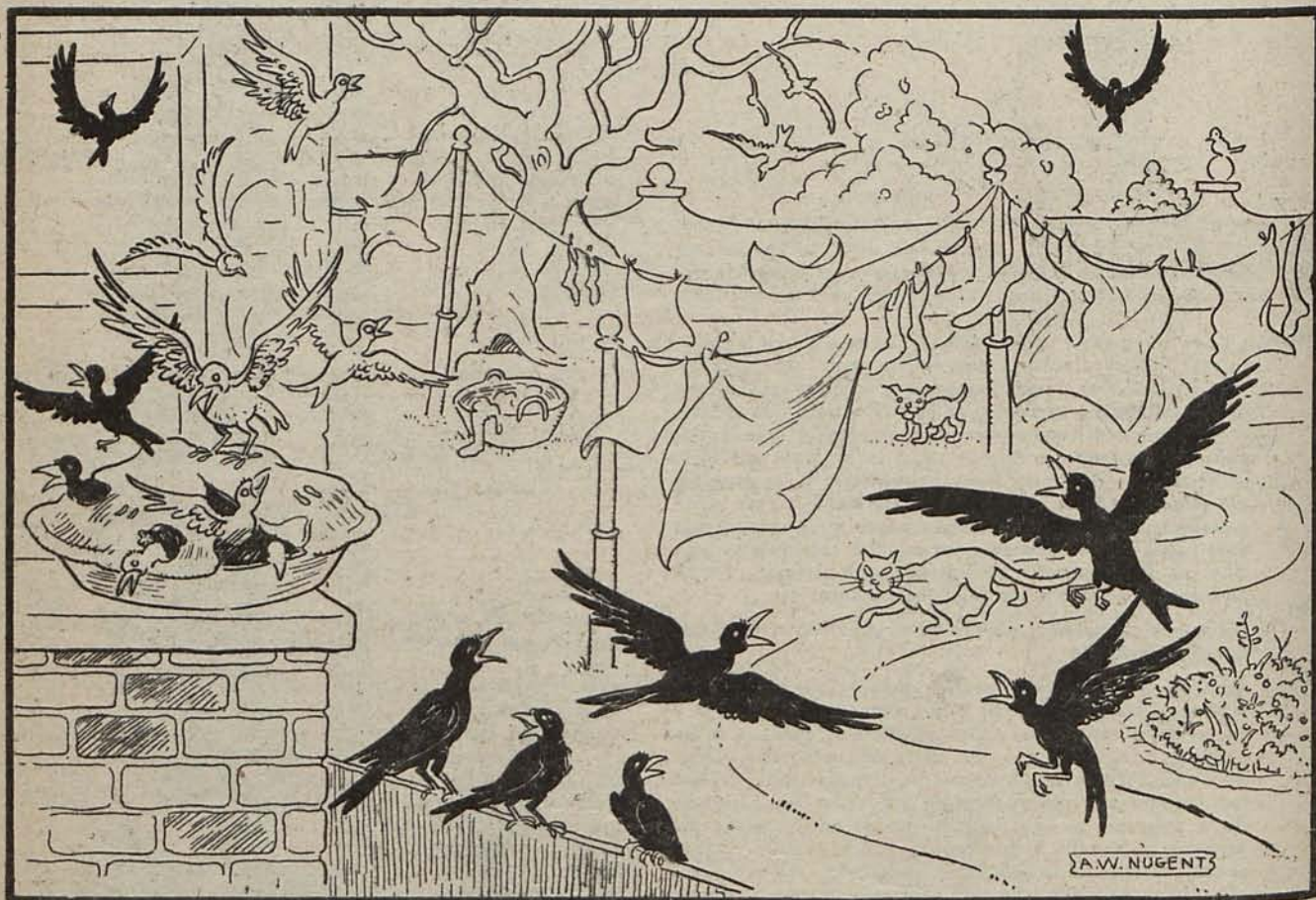
NURGIHÁN. A tus ojos acerco esta planta milagrosa, cuyo olor y cuya hermosa transportan el alma.

EL REY. ¡Oh, prodigio de los prodigios! Mis ojos se tornan en este instante luminosos como estrellas. Veo la luz, veo el cielo, veo mi palacio y os veo a vosotros. Te veo, hijo amado. Mi alegría y mi gratitud no tienen límites. Ven, que bese tu frente y te estreche contra mi pecho.

(Continuará en el número próximo.)

CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

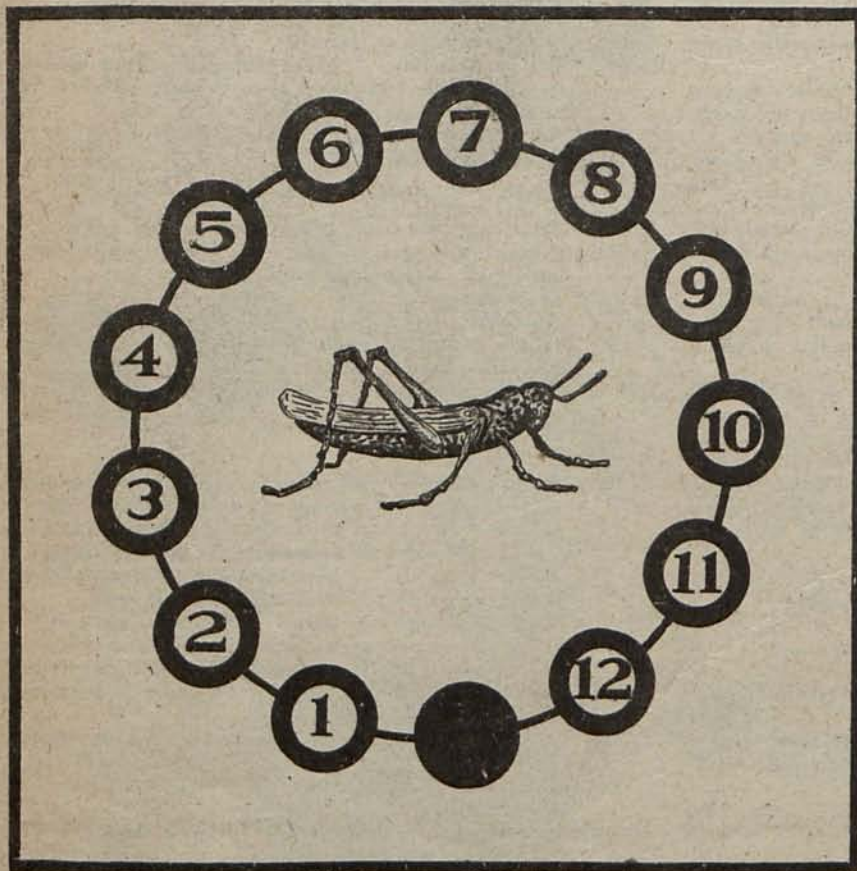
EL CANTO DE LOS MIRLOS



Una vez todos los mirlos de un jardín se pusieron a cantar, y era tan bello el concierto que los dueños del hotel, escondidos entre el paisaje para que no se asustaran los mirlos, se deleitaban oyendo tan raras armonías. ¿Dónde está el señor, la señora y la señorita?

EL SALTAMONTES (Problema)

LOS GAJOS



Tenemos un círculo formado por trece pequeños discos, numerados y colocados por orden y en la dirección en que se mueven las manillas de un reloj, y se trata de que estos discos cambien de lugar mediante un pequeño salto, de forma que al terminar los movimientos queden colocados los discos en dirección contraria, o sea que donde ahora está el 12, quede el 1; y el 2, donde está el 11; y el 3, donde el 10, y así sucesivamente. La solución mandarla con una explicación de cómo se ha hecho el ejercicio.

Con estos seis gajos que aquí veis tenéis que construir un círculo perfecto. Os prevengo que no es tan fácil como parece el construir esta circunferencia. Chapete lleva tres días encerrado en un cuarto y no ha conseguido construir nada más que una cosa muy rara y, además, le sobran piezas.

COLABORACION PINOCHISTA



Una marisabidilla.
M. REY.
Trece años.
La Coruña.



Un virtuoso.
DEMETRIO VALDÉS.



Un militar.
ENCARNACIÓN MATZO. — Trece años.
Valladolid.



Berta Singerman.
Por C. PITALUGA.
Madrid.



Las autoridades de Pernambuco suben a felicitar a Franco.
ENRIQUE CASTILLO.
Once años. Madrid.



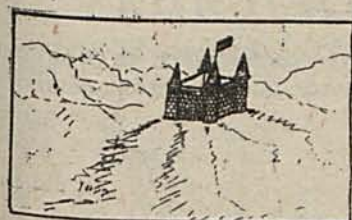
Un indio, por
JAIME BAGARÍA ARADÍA.
Catorce años. Madrid.



Persiguiendo mariposas.
DOLORES CASTAÑO.
Córdoba.



Un hijo de algo.
MARIANO DE FRESCO.



Castillo feudal.
ESPERANZA MANZANO.



Un partido en mi pueblo.
ALEJANDRO ATIENZA.
Nueve años. Sigüenza.



Mascarita.
ISABEL PÉREZ.



Ingleses bailando.
APOLINAR FLÓREZ.
Ocho años.



Mi amigo Yumbo.
PAULINO SANDONIS.
Once años. Oviedo.



A Pinocho.

Pinocho es el más valiente de los muñecos nacidos, y por verle boxear vienen desde Puerto Rico.

Él es el que nos instruye, nos deleita y encamina hacia la senda del bien, que es la mayor garantía.

Al mismo tiempo, también, nos hace pasar buenos ratos con el Barón de la Castaña, Currinche y Don Turulato.

Señores... ¡Viva Pinocho!, ¡viva el rey de la grandeza! y ¡viva la Editorial de Saturnino Calleja!

Flory la gitana.

Hace muchos años vivía en Irlanda una familia muy rica. Estos señores tuvieron una hija que se llamó Flory.

Pocos años después del nacimiento de esta niña, unos gitanos asaltaron la casa y robaron la niña junto con varios objetos preciosos.

Una mujer se encargó del cuidado de la niña, y ésta decidió ponerle un nombre; cuando se apercebíó que ésta llevaba un relicario suspendido de una cadenita, en el que decía el nombre y edad de la niña, la gitana decidió dejarle el nombre que tenía.

Flory creció, y tenía ya nueve años; pero con el continuo trato de los gitanos olvidó su religión y siguió la de éstos.

La mujer que educó a Flory era cristiana, y siempre que podía le hablaba de Dios y de la Virgen.

Pero la gitana era anciana, y un día, viendo que se le acercaba su fin, la llamó aparte a Flory y le fué contando su origen, el rapto y todo lo que ella había oído en las frecuentes conversaciones de los gitanos.

Flory, a cada palabra, iba quedando más asombrada, y en esa tarde supo el misterio que envolvía su nacimiento. Después, la gitana rogó a Flory que se hiciera cristiana, y luego le contó lo que sufrió Nuestro Señor por nosotros, y Flory adoró al verdadero Dios.

La pobre mujer antes de morir le dijo a Flory como se llamaban sus padres, donde vivían y todo lo que sabía respecto a ellos; luego le entregó el relicario y le dió buenos consejos; después entregó su alma al Señor.

Cuentan que Flory encontró a sus padres, y cuando fué mayor se casó con un lord; pero ella nunca puede olvidar su niñez entre los gitanos, y, sobre todo, la gitana, que fué una madre entre los gitanos.

NÉLIDA A. SARDÁ.
11 años. Buenos Aires.

La fortuna favorece a los audaces.

(CUENTO)

Estos eran Jim y Jem, dos pobres diablos, sin un cuarto; su ideal era irse a Norteamérica, donde es sabido abundan los millonarios, y ser unos de ellos; pero como eran pobres no tenían para pagar el pasaje.

Se dedicaban a inventar barcas que pudiesen resistir la furia del Océano, pues el ingenio no les faltaba ni la paciencia tampoco. Un día, que estaban haciendo planos junto a la carretera, vieron a dos caballos desbocados, y en ellos vieron a un hombre. Jim logró hacer parar a los caballos, y vió que el hombre que iba en ellos era el ingeniero Haruem; le bajaron del caballo en que iba, pues en el otro llevaba su equipaje. El contó que unos mathechores, que le quisieron robar, habían espantado al caballo con el ruido de los disparos, dando lugar a que el caballo, con su compañero, se desbocase, y le llevase allí; luego, le contaron Jem y Jim sus proyectos, y entonces el ingeniero dijo: Yo os pago el pasaje. Efectivamente, se lo pagó, y después de quince o diez y seis días de navegación feliz, llegaron a América y se hicieron millonarios.

MARIANO DEL FRESCO.

La reina muy buena.

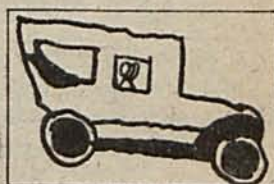
En la ciudad de la morería vivía una princesa, que más tarde fué reina.

La reina era muy buena, y daba limosna a los pobres, y todos la querían. Fundó un hospital para los pobres de todas partes, y tenía dos médicos: uno para las mujeres y otro para los hombres.

La reina cayó mala, y los dos médicos querían curarla; uno, porque era de las mujeres, y el otro porque era el que más tiempo la conocía.

La reina ya casi se moría, hasta que el médico de las mujeres la curó. Ya se puso buena, y no sabía con qué pagarles a todos por tanta preocupación, hasta que un día cayó en cuenta, y dijo a todos «adiós».

SILVINO MAUPOEY.
Doce años. El Pardo.



Mi «auto».
ALFONSO PÉREZ.
Siete años. Ceuta.



Retrato de Pirula.
EDUARDO COSTERO.
Ocho años. Zaragoza.



Una entrada, por
B. RODRÍGUEZ.
Trece años. Marín.



Antonio en Méjico.
M. ARRAÏY. — Ocho años.



Lamparilla y yo en los jardines.
ALFONSO RUANO.
Once años. Santander.



Cisme.



Pirula la jolli.
Por CUCHITA.



Félix Cabaniella.
P. RUIZ.
Trece años.
Cabeza del Buey.



Un cazador.
FERNANDITO P.
Cuatro años. León.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de COLABORACIÓN PINOCHISTA aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse admitiremos otra vez originales para esta sección.

Ayuntamiento de Madrid

Regalos mensuales a los suscritores.

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

Premios.	Marzo.	Abril.	Mayo.
Primero. 25 ptas. en dinero.	Srta. Nieves Montoya. Vitoria....	Srta. Maria del Pilar Gallo. San-	D. Francisco Murillo. Barcelona.
Segundo. 15 ptas. en libros.	D. Manuel Trujillano. Aranda (Bil-	tander.....	Srta. Mercedes Rey. Habana (Cuba).
	bao).....	» Amelia Rufino. Gandia.....	» Rosa Oñate Prendergast. Sa-
Tercero. 10 ptas. en libros...	» Celso Barrutia. Cazorla.....	D. Carlos Marcos. Cangas de Tineo.	rría.
Cuarto. 5 ptas. en libros...	» Manuel Saavedra. Badajoz....	Srta. Amelia Aranda Sins. Zara-	D. Recaredo y Maria Garay. Madrid.
Quinto. 3 ptas. en libros...	Srta. Jarita Alonso. Pimentel (Va-	goza.....	» Francisco Gil de Sola. Barcelona.
	lladolid).....	D. Mauro Alonso. Vigo.....	

SUSCRICIONES A PINOCHO "CERTIFICADAS"

A partir del 1.º de abril de 1926 admitimos suscripciones por un año a PINOCHO, certificadas; es decir, que remitiremos cada número semanal certificado, con lo que desaparece la probabilidad de que se pierdan números, que era para muchos lectores el máximo inconveniente de la suscripción.

El precio de suscripción por año certificada es:

23 PESETAS

Los actuales suscritores que deseen recibir desde ahora certificada la revista, deben abonar un nuevo año de suscripción al precio indicado, y mediante ese abono les serviremos no sólo toda la suscripción nueva, certificada, sino certificados también, y *sin pagar nada por ello*, los números restantes de la suscripción anterior.

Los que hayan renovado su suscripción por un año después del 1.º de enero de 1926, podrán recibir su suscripción certificada, sin necesidad de abonar otro año de suscripción, sólo con abonar **dos pesetas cincuenta céntimos** para dicho fin.

Regalos permanentes a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, **al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento)**, los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de clase y de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

El suscriptor que no pida sus regalos al pagar la suscripción, pierde su derecho. Por tanto, no se admiten luego reclamaciones.

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.** Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado. Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

CORRESPONDENCIA

Maria del Pilar y Maria Jesús Sáinz Valdemoro.—«Anita» y la casita de pueblo están inmejorables. Algo verdaderamente extraordinario y sensacional. Os felicito satisfechísimo. Desde hoy tenéis en Anita y Pirula vuestras mejores amigas, dos admiradoras incondicionales.

Abrazos de Don Turulato, Currinche, Morronguis, Potipán, Cañamón, Simplicio...

A mis cronistas deportivos.—Aunque no se publica el cupón de colaboración, vosotros, mis queridos cronistas pinochistas, podéis mandarme crónicas para la página de deportes. He recibido alguna que otra carta, preguntándome sobre este asunto, y quiero deshacer dudas.

Bias Moreño Estévez.—A su tiempo recibí tu gran dibujo y, como es natural, lo publicaré conforme le llegue su turno. ¿Estamos?

Teresa Pérez Polo.—Muy bien el «auto», mi querida Teresa. Saldrá a su debido tiempo. A Pirula le ha gustado mucho tu dibujo, e igualmente a Anita. Un abrazo de las dos.

Antonio Gómez Palomo.—Mi querido amigo: El sorteo entre suscritores, como su mismo nombre lo indica, no es más que un sorteo entre suscritores. Ello quiere decir que sólo éstos pueden esperar premios. Te veo con interés de entrar, de formar parte en tales sorteos, y para ello, como puedes comprender, te recomiendo te suscribas a PINOCHO, pues sólo de esta forma podrás ganar —sin exposición de ninguna clase— en esta admirable rifa mensual. En cuanto a los dibujos, es decir, a la colaboración, apenas se reanuden los cupones, mándame cuantas cosas quieras.

Recibe un abrazo de Pirula, otro de Anita, otro y otros de mis innumerables compañeros.

Andrés Rodríguez Ripoll.—Tu dibujo, a lápiz, no puede pasar. Además, me lo remites sin su cupón correspondiente. Son dos grandes, enormes, imponentes obstáculos...

Salud Domínguez Mateo.—He dado a leer tu carta a Pirula, quien asegura que está dispuesta, tratándose de ti, a dibujar esos lindos pañitos que la pides. Pondrá en ello —así me lo ha dicho— su mayor cuidado. Confía en la promesa.

Un abrazo de Currinche, Don Turulato, Morronguis, Potipán, Cañamón, Simplicio, etc., etc.

Juanito Sandoval y Berenguer.—La tinta, el cupón... ¡Qué memoria!

Augusto Salgado Castillo.—Publico la reseña del partido, como verás, sin

necesidad de cupón. Ahora bien: la crónica es muy larga, extensísima, imponente, y no cabría en PINOCHO. De modo, que cuando hayas de enviarme algo, como crónica, para la página de deportes, procura que sea, a lo sumo, la mitad de lo que hoy me has remitido. Por mi parte, encantado, siempre que se ajuste a la extensión de la revista.

Amalia Ponce.—Muy bien, estupendo, maravilloso, digno de ti. Se publicará.

Antonio Martos.—No me envíes las soluciones de los problemas, como vienen haciendo hasta ahora, poco a poco, a medida que salen los números. Enviame las soluciones de una vez, con su cupón correspondiente, al finalizar mensualmente cada serie.

Jaime Bagaria Abadía.—Esto es hacer un indio de verdad, ejemplar, magnífico, insuperable. Eres un artista, Jaime, un gran artista. Con decirte que Pirula, Currinche y Don Turulato, al ver aparecer tu dibujo, salieron corriendo. ¡Qué sorpresa! ¡Qué susto! Pero ya están todos tranquilos, satisfechos, además, de tu obra, la cual obtendrá un éxito definitivo y rotundo, apenas aparezca en las páginas de PINOCHO. Morronguis, el admirable Paco Morronguis, me encarga sus más efusivas felicitaciones y enhorabuena. Asimismo Potipán, Simplicio y Cañamón. Todos están encantados con esta obra, la más bella de las que han aparecido en estos últimos tiempos por las puertas de mi palacio. Ya la verás muy pronto —¡inmediatamente!— en mi revista, que es la tuya.

Abrazos, apretones de manos, felicitaciones, etc., etc., etc. ¡Adiós! ¡Adiós, Jaime!

Antonio Santelices.—No puedo publicar tu problema como tal problema. Lo daré, en cambio, como dibujo. ¿Te conformas?

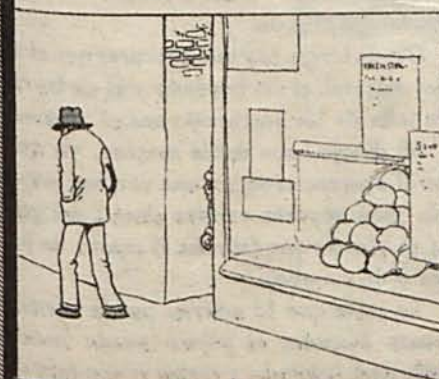
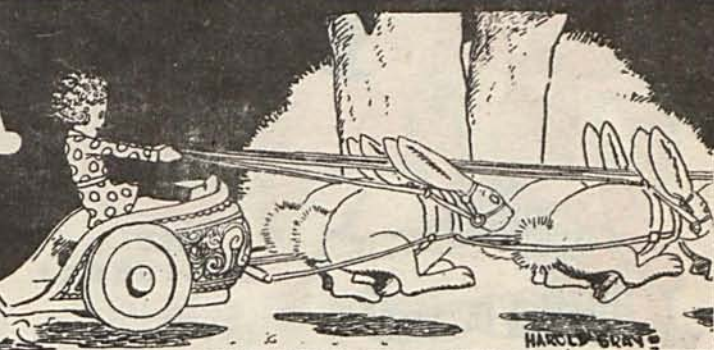
Bernardo Ruiz Sánchez.—Bien. Pero sin cupón... Espera a que insertemos éste nuevamente en PINOCHO.

Anita Santos Echevarría.—Bastará que te suscribas a PINOCHO. Ya lo sabes. Todos los meses un sorteo, un sorteo entre suscritores, espléndido, generosísimo, como mío. Algo extraordinario, Anita. Algo magnífico. Una demostración de la grandeza de mi corazón de madera, ancho como el mar, alto como una torre. ¿Quién te dice a ti que tú, con tu buena suerte, no obtuvieras un premio a cada momento?

Un abrazo de tu tocaya, la del buen corazón, y otro de Pirula.

ANITA

BUEN-CORAZON





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, COSTURERA

Un delantal y una cortina.—Yo recuerdo que antiguamente —bueno, me re-

sero a hace muy poquitos años; una eternidad para los niños y las muñecas— los delantales desempeñaban en la vida de mis mamás un papel odioso, de pesadilla, algo así como los libros de clase y los domingos de lluvia.

Hoy en esta época en que parece que todo tiende al halago y al bienestar de las damas y los caballeros de doce años para abajo, los libros de clase son tan amenos y divertidos como los cuentos, y los domingos de lluvia resultan casi más entretenidos que los de paseo, porque son los mas propios para ir al «cine» o para quedarse en casa leyendo el PINOCHO.

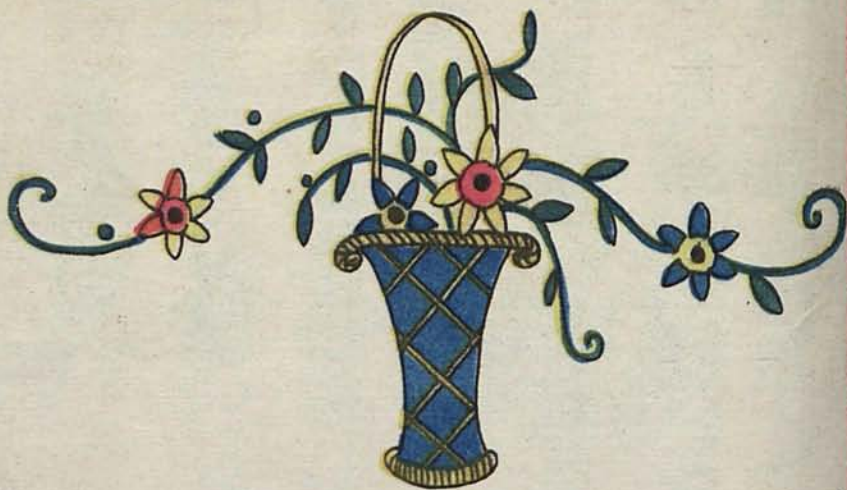
En cuanto a los delantales modernos, se hacen tan graciosos y cómodos como el más airoso y lindo de los vestidos de gala.

¿Quién se acuerda ya de aquellos delantales antipáticos de tela rígida, colores oscuros y feos, a pretexto de que eran los más sufridos, de hechura abultada y antiestética y con mangas largas?

Las mangas han desaparecido por el hecho sencillo de que ya pasaron a la historia también las de los vestidos, que tenían por misión cubrir y proteger. Brazos al aire; así lo quiere la moda, y la higiene está de acuerdo con ella.

Las telas, aun las más resistentes, son gratas al tacto, como, por ejemplo, la cretona; y los colores son alegres porque nos hemos ido dando cuenta que el azul añil, el verde esmeralda, el amarillo limón o el rojo rubí, no son menos sufridos que el gris, el marrón o el granate.

Las hechuras siguen de cerca la moda, y por si esto fuera poco, aquí hay una Pirula que se devana sus sesos de serrín



para crear motivos propios para realzar el encanto de estos delantales, que han llegado a constituir el más risueño adorno del vestuario infantil.

Para vosotras, lectorcitas queridas, he ideado ya unos cuantos modelos de delantales que os iré presentando en números sucesivos y de los cuales hoy os ofrezco el primero.

Se corta al hilo un trozo de tela relativamente ligera y de color azul vivo (esto de los colores huelga repetir que puede variarse a voluntad) y se le pega con una vainica a máquina o con un pespunte una franja de cuatro dedos, de tela fuerte, amarillo limón, en la que va bordado el adjunto motivo. El delantal se frunce en su parte superior a otra franja idéntica a la de abajo, sólo que, por delante, va cortada como aparece en el grabado, y en lugar de frunces, el delantal forma, en este mismo sitio, una tabla hueca de las que ahora están muy en boga. Las cintas de las hombreras son azules.

El motivo va bordado en azul vivo con los contornos negros.

Desde luego, hay que procurar que el matiz del delantal, el del bordado y el de las cintas de falla de las hombreras sea el mismo.

Mi dibujo hace doble empleo, ya que en él aparece también una cortina, muy propia para separar vuestra alcoba del gabinete, si queréis que éste sea el cuarto de juguetes o de estudio.

La jaula que lo adorna puede bordarse a punto lanzado; el pájaro puede hacerse a voluntad, bordado a realce o con tela recortada y pegada.

